

y desde entonces, Cádiz, del alma que te llora  
como la bruma huyeron la calma y el solaz.

Corrí despues la España. De todas sus ciudades  
la prez, las maravillas que guardan, admiré;  
pero ¡ay! que entre sus bellas, á tí y á tus beldades  
por consolarme en vano mil veces invoqué.

Cuanto es de mas hermoso; quanto en su seno encierra  
de grande, de sublime la villa de Madrid;  
ni las enhiestas lanzas, que rayos de la guerra  
al árabe aterraron, despues y antes del Cid:

Ni de éste la colada (\*), su cofre y armadura;  
ni el Pardo, la Moncloa, la Granja, el Escorial,  
la Estancia de los reyes, sin par en hermosura,  
ni la que llora el moro Toledo la imperial:

Su catedral, y alcázar; ni la de Burgos bella;  
Granada, ni su Alhambra, sus baños, y Albaycin;  
ni el sitio recatado, do con infausta estrella  
don Alvaro de Luna tuvo execrable fin:

San Sebastian, Bilbao; la que en justicia llaman  
nuevo Paris, de Iberia ciudad de clara prez,  
la rica Barcelona, cuyos hijos se inflaman  
de patria al nombre augusto con ínclita altivez:

La que en Jijon descuella, pésia á su acerbo sino,  
entre edificios bellos, joya del noble astur,  
cátedra soberana, que el célebre Jovino  
alzó cuando la muerte le hirió con su segur:

Los recuerdos gloriosos, que en su fatal desmayo  
ofrece hoy entre ruinas Asturias con desden;  
la escelsa Covadonga, los restos de Pelayo  
que en urna sacrosanta junto al altar se ven:

La que es de España orgullo, que al mar naves sin cuento  
legó, y Apostolado, Galicia la fiel,  
de la virtud albergue, de honor y de ardimiento,  
do al júbilo no turba la rebelion cruel; . . . .

¡Ay! nada, hermosa Cadiz, de la memoria mia  
ni un punto te apartaron; y al Cielo plegue, sí,  
que despreciado, errante, sin luz, en la agonía

(\*) Así llamaban à su espada, que era objeto de veneracion.

jimiendo, paz no tenga cuando te olvide á tí.

¡Olvidarte? No temas. Primero me olvidara  
del que mis horas cuenta resplandeciente sol,  
y del título egrejo que la fortuna avara  
no puede, no, usurparme de acérrimo español.

Y aun dudo, hermosa Cadiz, del orbe emperadora,  
si muerto allá en la tumba tu nombre olvidaré,  
y si el amor profundo se extinguirá, que ahora  
conservo á tu memoria con invariable fe.

Pero si allí se olvida. . . . ¡ay mísero! . . . . te juro,  
ciudad encantadora, de Sílfides mansion,  
no olvidarte viviendo, pues que tu nombre, puro  
desque te ví, lo alberga mi amante corazón.



A MI AMIGO

## DON MARTIN ELIZALDE.

Vuelve á los patrios lares,  
abstraído del mundo, el pensamiento  
y los goces recuerda de tu infancia.  
¡Cuán libre de peligros y de azares  
viste pasar las horas de contento  
de halagos circundado y de fragancia!  
Feliz en la ignorancia  
al aspecto del vicio sonreías:  
la virtud retratábase en tu frente,  
pura como el ambiente  
que aspira el alma en apacibles días.  
De la austera razon los ojos ciegos,  
en tu niñez gozaste mil delicias,  
abrumado de besos y caricias,  
y distraído en inocentes juegos.  
Juegos ¡ay! que pasaron como el humo  
cuando á la luz el corazón abriste,  
y la del Cielo beneficio sumo  
dulce inocencia, por tu mal perdiste.



¿Lo recuerdas? . . . Entonces  
 en pos de la pintada mariposa  
 tu deseo castísimo volaba:  
 y sin temblar al trueno de los bronce,  
 ni de guerra al clamor, tu candorosa  
 alma la paz del justo disfrutaba.  
 El canto te estasiaba  
 del avecilla libre, que vagando  
 por la rejion del viento en rauda jiro,  
 anjelical suspiro  
 te arrancaba del pecho, á amor loando.  
 En seguida, del agua en la serena  
 superficie brillando un pez hermoso  
 fijaba tu atencion, mientras gozoso  
 arrojabas sobre él conchas y arena.  
 Pero en tus afecciones inconstante,  
 despues una esmaltada florecilla  
 hacíate olvidar en el instante  
 la mariposa, el pez y la avecilla.  
 ¡Edad feliz! . . . . Sentados  
 en derredor del fuego ¡cuántas veces  
 de tus padres la voz sonó á tu oido!  
 ¡Oh, y cuántas, por tu bien, atribulados  
 al Dios de paz en fervorosas preces  
 implorando, á los dos has sorprendido!  
 ¡Cuántas de amor henchido  
 á sus amantes brazos te lanzaste,  
 y el ósculo de amor, de amor supremo,  
 en tu faz, con extremo  
 júbilo, de sus labios conquistaste! . . . .  
 ¡Tus padres! . . . Yo les ví. . . Su frente pura  
 radiaba de virtud claros destellos;  
 y al hablarles de tí, . . . . conmigo ellos  
 lloraron de placer y de amargura.—  
 “¡Hijo del corazon, bendito seas! . . . .  
 “El Cielo de tu vuelta acorte el plazo. . . .  
 “¡Ah! . . . . Nuestra bendicion cuando le veas,  
 “dale, ¡oh amigo fiel! con este abrazo.”—  
 Dijéronme. . . . Aun no puedo

cuando traigo esa escena á la memoria  
 impedir que mis ojos nuble el llanto.—  
 De los nobles astures el denuedo  
 contáronte, y de Iberia la alta gloria,  
 del orbe entero admiracion y espanto.  
 Tú, cuando el nombre santo  
 del hijo de Favila, y sus proezas  
 al labio paternal loar oiste,  
 en entusiasmo ardiste,  
 purísimo, inefable, las grandezas  
 teniendo en poco ya de esas naciones,  
 á las que engrandeció suerte propicia;  
 no el valor singular, no la pericia  
 de fuertes é indomables infanzones.  
 Y tu imaginacion, briosa, ardiente,  
 de *Covadonga* penetró en la cueva,  
 á do mis ayes ¡ay! en son doliente  
 la fama desde aquí rápida lleva.—  
 Lanzárate el destino  
 á Cuba hospitalaria, donde lloras  
 rigores de la pérvida fortuna. . .  
 Con el que veces mil canto divino  
 consuelo hubiste en las acerbas horas,  
 ensalza á la nacion do fué tu cuna.  
 De la saña importuna  
 con que la suerte infausta nos persigue,  
 resignados burlémonos en calma,  
 y la aficeion del alma  
 no dudes que cantando se mitigue;  
 que cuando la desgracia nos aqueja,  
 el único remedio que encontramos  
 es ese, sí. . . ¡la lira! . . . En ella hallamos  
 alivio al exhalar queja tras queja.—  
 De patria al nombre, que mi pecho inflama,  
 pulsa, amigo, el laud; suene tu canto,  
 y haz eterna tu fama, cual su fama,  
 del orbe entero admiracion y espanto.  
 Canta, cisne canoro:  
 de patria el dulce nombre ¡á quién no alienta?



¡Cuándo á loarla se negó la lira?  
 Ya se eleva, de honor rico tesoro,  
 conjurando indomable la tormenta;  
 y el monstruo que contra ella audaz conspira,  
 tiembla ciego de ira,  
 y al yugo la cerviz dobla impotente;  
 que ya, trocado en gozo el duelo amargo,  
 salió de su letargo  
 el leon, é iracundo irguió la frente. . . .  
 ¡Patria de héroes! . . . . No ha mucho que en tu seno  
 gocé, de tedio libre y de rigores,  
 delicias, paz, felicidad, y amores,  
 de intenso gozo y entusiasmo lleno.—  
 De patria al nombre, que mi pecho inflama,  
 pulsa, amigo, el laud; suene tu canto,  
 y haz eterna tu fama, cual su fama,  
 del orbe entero admiracion y espanto.

(Habana, 1843.)



### UN GRAN PRIVADO EN SU CAIDA.

#### SONETO.

Aquí, donde el dolor al pecho mio  
 lastima, cada vez mas rigoroso,  
 tuve, entre amor, y júbilo, y reposo,  
 cuanto pude anhelar en mi albedrío.  
 Favor, gloria, riquezas, poderío, . . . .  
 de todo fuí señor; mas furioso  
 estalló el huracan; y presuroso  
 al cieno inmundo derrocóme impío.  
 Mientras reiné feliz, invulnerable,  
 el pueblo me bendijo; hoy con traidora  
 saña, infiel me maldice en la miseria. . . .  
 Triunfó, y caí. . . Mas ¡quién ¡fortuna instable!  
 ¡quién sabe si al lucir la nueva aurora  
 muda á mis piés se postrará la Iberia?

#### UN ADIOS

### AL NIÑO F. VIADEMONTE.

"Forget me not."

Queda adios, hermoso niño,  
 á quien adoro en el alma.  
 Goza la inefable calma  
 que para siempre perdí.  
 Bendígate, oh niño, el Cielo  
 en los brazos de tu madre.  
 Sé el ídolo de tu padre,  
 y no te olvides de mí.

Quizá cuando en tu mente  
 la luz de la razon clara se ostente,  
 apreciarás, oh niño,  
 estos de mi cariño,  
*si no de pompa y majestad ornados,*  
 sencillos versos, en aciago dia  
 por el amor dictados.  
 Aciago, sí, porque al dejarlos triste  
 en el papel grabados,  
 de tí, siguiendo á la fortuna impía,  
 se aleja quien te adora,  
 é inconsolable llora.

Mas, yo lo juro, mi cariño extremo  
 jamas se estinguirá. De cuanto existe  
 nada, por grande, encantador, supremo  
 que aparezca á mis ojos,  
 de la memoria mia  
 apartará tu nombre. Ya de enojos  
 cercado siempre invocaréte en vano,  
 sin paz y sin ventura  
 que calmen mi amargura;  
 que den tregua al deseo  
 devorador, ardiente,  
 de estrecharte en mis brazos, venturoso  
 como hoy ¡ánjel de amor! feliz te veo.



Y alegre tú, y ufano  
de gozar las caricias paternas,  
en medio de los crímenes del mundo  
tranquilo é inocente,  
siendo á tu vista iguales  
los bienes y los males,  
sordo estarás á mi dolor profundo.

¡Ay! Para tí, ángel mio,  
el orbe es un jardín lleno de rosas  
purpúricas y hermosas.  
Ni te afligen las penas  
del infeliz, que exento de albedrio,  
sin luz, sin esperanza,  
en calabozo inmundo sepultado,  
al son de sus cadenas  
jime desconsolado,  
víctima del rencor y la venganza.

Ni la voz del blasfemo te horroriza,  
ni de „guerra” los ecos te estremecen:  
ni del astro inmortal, rey de la esfera,  
el resplandor te hechiza;  
ni de los trigos, que á su influjo crecen,  
la utilidad tu mente considera;  
que todo en tu inocencia, ángel hermoso,  
es igual para tí; nada horroroso.  
¡Ay! nunca el denso velo  
descorra, oh niño, el Cielo,  
con que te encubre al crimen ominoso;  
que si felice yo llegase á verte,  
bendeciré mi suerte.

¡Salud, ventura,  
niño adorado!  
por tí apenado  
suspiraré.  
Tú mi amargura  
calmar solias:  
las cuitas mias  
por tí olvidé.

¡Adios! Si acaso llega  
á tus oídos de mi fin horrendo  
la noticia fatal, débete, niño,  
de amistad una lágrima.—“Tremendo,  
dirás, fué su destino: su renombre  
funesto oscurecido  
yace en eterno olvido.  
¡Ay sin ventura! En mi niñez me amaba  
y tierno me besaba:  
su bárbara dolencia  
olvidaba al mirarme en su presencia.”—

¡Ay! me parece  
que ya en mi tumba  
triste retumba  
tu amable voz.  
Mi angustia acrece  
hado severo:  
ya solo espero  
término atroz.

Que estrella maligna mi mal augurando,  
fatídica luz fulguró al nacer yo.  
La voz del Eterno, cual trueno zumbando,—  
“¡maldito tú seas, maldito!”—esclamó.  
Las furias entonces del hórrido infierno,—  
“¡maldito, esclamaron, maldito el mortal  
que nace hoy al mundo, nutriendo en lo interno  
del pecho inocente veneno infernal.”—

¡Anjel bello de amor! Librete el Cielo  
de tan acerbo duelo:  
indisolubles, sempiternos lazos  
te unan á los autores de tu vida:  
de tu madre querida  
las caricias disfruta y los abrazos;  
sé de entrambos la dicha y el consuelo;  
de su próspera suerte fiel testigo,  
y no te olvides de tu tierno amigo.—(Madrid, 1840.)



## SUICIDIO. (\*)

Yo estoy, hombre, en la espiga de tu trigo,  
y en los pliegues del manto que es tu abrigo.

*Doña Josefa Massanes.*

Puede el hombre en momentos de demencia  
su origen olvidar y sus deberes;  
puede, falto de amor y de creencia,  
llamarse maldecido entre los seres:

Puede, en su frenesí, romper su seno;  
complacerse en su pena y su delirio,  
sonreír á la vista del veneno,  
y prolongar él mismo su martirio.

Puede olvidar su dignidad, su nombre,  
y los lazos que al mundo le encadenan;  
puede olvidarse, imbecil, de que es hombre  
si negros pensamientos le enajenan. . . .

Pero si al levantar la vista al Cielo  
pierde, réprobo impío, la esperanza,  
y no encuentra ni un plácido consuelo,  
ni un suspiro de fe su pecho lanza;

Si al contemplar la luna solitaria  
que los yermos sepulcros ilumina,  
su voz no eleva en tímida plegaria  
para implorar la proteccion divina;

Si olvida que no es suya su existencia;  
que Dios para cuidarla se la ha dado,  
y renuncia á su Dios y á su creencia,  
el hombre no es un loco, ¡es un malvado!

¡Y por qué en lucha atroz consigo mismo  
el hombre se consume y se destroza,  
y abre bajo sus plantas el abismo  
do se hunde el trono que orgulloso goza?

¡Por qué su risa se convierte en llanto,  
y el néctar del placer en un veneno;  
y del verjel el delicioso encanto

(\*) Esta hermosa composicion del ilustrado poeta don Ramon Ruiz de Eguilaz, á la que se contesta en la siguiente, fué dedicada al autor, y leída en el Liceo de Santander el 2 de marzo de 1842.

en desierto de abrojos y de cieno?

¡Ay! porque sus pasiones le arrebatan  
por los llanos floridos de la vida,  
cual torrentes que raudos se desatan,  
sin que su arranque dique alguno impida.

Tambien yo, en otro tiempo de ilusiones,  
he frecuentado orgías y mujeres;  
he brindado entre báquicas canciones,  
y he dormido entre aromas y placeres.

Instantes he gozado de ventura,  
de emocion, de entusiasmo, de alegría,  
y en brazos del amor y la hermosura  
ví fenecer y amanecer el día.

Y el aura blandamente susurraba  
en torno de la frente de mi hermosa,  
y al fulgor de la luna contemplaba  
sus bellos ojos y su tez de rosa.

Y palpar su corazon sentia,  
y su cabello en ondulantes rizos  
sobre su seno súbito caía,  
ofreciendo á mi amor nuevos hechizos.

Y en largas horas de delicias llenas,  
de encanto y de suavísima ternura,  
coronado de rosas y azucenas  
apuraba la copa de ventura.

Y al despuntar de la radiante aurora,  
y al vislumbrar de la apacible luna,  
de mi felicidad fascinadora  
gozaba sin temor ni pena alguna.

Serenó el Cielo, plácida la brisa,  
la bonanza y la dicha presajaban;  
y seductora, anjélica sonrisa  
de mi hermosa los labios me brindaban.

Mas ¡ay! . . . . El huracan llegó ruiendo;  
siniestra nube confundió á la luna;  
y desatóse el viento, revolviendo  
el oceano, y el rio y la laguna.

Y envuelto por el raudó remolino,  
en vano quiso la impotencia mia



detener el furor del torbellino  
que mi gloria, y mi dicha destruía.

Y en vez de aquella hermosa tan garrida,  
de esbelto talle y de turjente seno,  
cándida flor que embelleció mi vida,  
de cuyo aroma está el ambiente lleno;

¿Qué veía? Un fantasma silencioso  
envuelto en una túnica flotante,  
que en medio de la sombra y el reposo  
iba á turbar mi sueño á cada instante.

Una imájen cruel, aterradora,  
simulacro de un bien que no existía;  
sin una voz de amor consoladora  
que calmase el dolor que me oprimía.

Maldije entonces mi funesta suerte;  
la desesperacion me enajenaba:  
invocaba frenético á la muerte,  
y mil negros proyectos meditaba.

“No hay ya en el mundo, para mí, ventura,  
esclamaba fatídico, y sombrío;  
es la dicha del mundo una locura:  
la dicha se halla en el sepulcro frío.”—

Y en lucha horrenda el corazón gastado,  
sin llanto que verter, sin esperanza,  
por las furias y el tedio destrozado,  
con histérica risa de venganza;

Iba á cumplir mi bárbaro deseo,  
cuando la voz de la amistad sincera,  
“oye, dijo, no hay Dios para el ateo;  
pero el hombre cristiano sufre, espera.”—

Sufre, espera también, amigo mío:  
sea mi voz de calma y de consuelo,  
y el pensamiento tétrico y sombrío  
lanza lejos de tí: confía en el Cielo:



## A DON RAMON RUIZ DE EGUILAZ.

Malvado, sí, malvado,  
y maldito de Dios es quien oído  
niega al triste clamor de la indijencia;  
y en el crimen cebado,  
irascible, feroz, empedernido,  
sin temor en el alma ni clemencia,  
inmola impunemente al desvalido.

Malvado quien su nombre  
carga de execracion, amancillando,  
sin freno, á la virtud encantadora:  
y monstruo, mas que hombre,  
alcázares al vicio levantando,  
canta, rie, y se alegra cuando llora  
el mísero, á quien pérfido esta hollando.

Malvado, quien blasfemo  
de su triunfo infernal haciendo alarde,  
la juventud relaja y precipita,  
y con furor estrémo,  
sin que el justo castigo le acobarde—  
“no arrepentirse, no (bárbaro grita),  
que si es que hay Dios, para la enmienda es tarde.”

Estos son los malvados,  
estós los viles son, que por el suelo  
se arrastran con las bestias confundidos:  
mas no los malhadados  
que jimen sin consuelo,  
que confían, y esperan compunñidos  
clemencia y paz del sacrosanto Cielo.—

¿Por qué, si los placeres  
aborrece el mortal, cuya existencia  
insoportable le es, pesada y larga;  
si cumple sus deberes,  
si tiene fe, y tranquila la conciencia,  
se ha de juzgar, si el duelo le aletarga,  
que su ansia de morir raya en demencia?

Si apetece la vida



es natural á quien se ve dichoso,  
 por qué no lo será que ansie la muerte,  
 que al justo no intimida,  
 quien, los vicios huyendo, religioso  
 resiste á los rigores de la suerte,  
 y su aliento vital no corta ansioso?

¿Qué NOMBRE es ese, dime,  
 cuál esa DIGNIDAD, y esos deberes  
 que al triste con el mundo le ENCADENAN,  
 si el mundo le redime,  
 por infeliz y aislado entre los seres,  
 de toda obligacion, pues le condenan  
 á vivir maldiciendo los placeres? . . . .

¿Y crees que no confío  
 en la bondad de Dios? ¿Que la esperanza  
 de alcanzar su clemencia no me asiste?

¿Juzgas que es desvario  
 que invoque yo á la muerte en su tardanza?  
 ¿Dó la felicidad? . . . Puesto que existe,  
 ¿dónde huyó, dónde está la bienandanza?

¿Y aun quieres que apetezca  
 esta vida infernal? . . . ¡Ah! ¡Bienhadados  
 una y mil veces, sí, los que ya han muerto! . . .  
 Por mas que el mundo ofrezca  
 delicias á los seres fortunados,  
 siempre el mundo será triste desierto  
 para los que nacieron desgraciados.

¿Yo réprobo? . . . ¿Yo? . . . ¡Calla! . . .  
 La relijion cristiana es mi consuelo,  
 y en ella, entre las penas con que lidio,  
 mi alma alivio halla. . . .

y no dudes que en medio de mi duelo  
 execro al criminal, odio el suicidio,  
 si bien, por descansar, morir anhelo.

*Madrid, 7 de marzo de 1842.*



## AÑO NUEVO.

### SONETO.

¡Ay que rauda volando hora tras hora,  
 de nuestra vida al término cercano  
 el tiempo nos empuja; y es en vano  
 oponerse á su fuerza vencedora!

¡Ay que, como él la muerte destructora,  
 le sigue en pos, con descarnada mano  
 á la hermana usurpándole el hermano,  
 al amante la bella, á quien adora!

Los tesoros y el fausto de la tierra,  
 ¿qué son en brazos de la parca muda? . . . .  
 Delirios, ilusion, cenizas, nada. . . .

Al execrable vicio hagamos guerra;  
 y cuando vuelva el sol, que hoy nos saluda,  
 sola nos rija la virtud sagrada.



### EN EL NACIMIENTO

DE

## LA NIÑA ESTER.

A SU PADRE

### DON JOSE M. VIADEMONTE.

Abre, oh mundo, tus puertas, hoy cerradas  
 á la austera virtud, y á la clemencia;  
 y entre flores, del noto respetadas,  
 y pompa, incienso, luz, magnificencia,  
 en tu seno recibe alborozado,  
 para hacerla dichosa,  
 á esa imájen de Dios, cándida, hermosa,  
 que Dios para tu júbilo ha formado.



Recíbela en tu seno; y nunca vea  
la faz al vicio, descarnado, horrible;  
ni el estruendo de bárbara pelea  
hiera jamás su corazón sensible.  
Entre todas las bellas la más linda,  
perfecta y acatada,  
alce la sien de resplandor velada,  
y el déspota á sus piés tiemble y se rinda.

Los reyes con su poder  
á tí se postren, oh niña;  
y Dios á tu frente cña  
corona de más valer.

Que si eres ángel de amor  
hoy descendido del Cielo  
para brillar en el suelo  
entre glorias y esplendor,

Yo cantaré tu hermosura;  
y la virtud sacrosanta  
sublimará á quien te canta,  
treguas dando á mi dolor.

¡Oye, Jehová, mi súplica, y protege,  
puesto que es obra tuya su inocencia:  
haz que la adulación de ella se aleje;  
que no escuche el clamor de la indigencia;  
que cuando vuele á tu morada, deje,  
á su fe levantados y clemencia,  
monumentos en todo el universo,  
que den á España honor, materia al verso.

Más si naciste, ángel mío,  
para penar en la tierra,  
al sueño los ojos cierra  
y duerme en dichosa paz.  
¡Ah! no dispiertes si el mundo  
entre aromáticas flores  
te brinda acerbos dolores  
que te atormenten asaz.

Y si dispiertas, tus ojos  
seductores, penetrantes,  
bellísimos, rutilantes,  
ciegos estén para el mal.  
Sordos estén tus oídos  
del vicio inmundo al lamento,  
y escuchen solo el acento  
de la virtud celestial.

Y propensa al beneficio  
tu alma pura y jenerosa,  
disfrute paz deliciosa,  
solaz é inefable amor.  
Que, si destello divino  
de Dios, te protege el Cielo,  
tú brillarás en el suelo  
entre glorias y esplendor.

Crece de amor y majestad cercado,  
ángel de paz y de virtudes lleno:  
crece, y de Dios espíritu adorado,  
del mundo impera en el jardín ameno:  
crece, que yo sin término inspirado,  
te encomiaré, si de ventura ajeno;  
y haré, mi Estér, que con amor profundo  
tus glorias cante y te venero el mundo.



## LA AMNISTIA.

¿Quién, quién del pecho mío  
podrá arrancar el entusiasmo ardiente,  
la activa, abrasadora  
llama de esto feliz, inspiradora?

Vosotros, cuya lira  
pulsais con docto afán, mientras os anime  
la clara luz febea,  
vuestro Númeron de amor España sea.



Que no mas digna hubiera  
materia nunca al inspirado vate.

Cantad con alegría:

vuestras voces unid á la voz mia.

La Libertad suprema  
ya el corazon presajia: rutilante  
cual iris de ventura  
brilla de Iberia en la celeste altura.

La bárbara ignorancia  
será de su regazo sacudida;  
y del saber las puertas  
al talento desde hoy serán abiertas.

¡Oh España! . . . El triste llanto  
enjuga ya por tus errantes hijos,  
que, si proscritos fueron,  
volverán á tu seno, do nacieron.—

Vosotros ¡oh infelices!  
que mendigando en peregrinas tierras  
llorásteis sin consuelo,  
lanzad del corazon, lanzad el duelo.

Que ya la patria os llama. . . .  
Corred, llegad, . . . y en su regazo hermoso,  
de sumo gozo henchidos,  
olvidad los trabajos padecidos.

Volad. . . . Vuestras esposas,  
padres, hermanos, hijos. . . os aguardan. . .  
Llegad; y con abrazos  
formad eternos venturosos lazos.

(Octubre, 1832.)



## A LA LIBERTAD.

¡Qué luz, que nueva luz súbito dora  
la diamantina esfera?  
¡Qué celeste deidad brilla á deshora  
robando el cetro á la arjentada aurora? . . .

¡No la veis? . . . ¡No la veis? . . . ¡Cuán rozagante,  
rasgando la eternal lóbrega noche  
en que sumido el español yaciera,  
plácida jira, en ademan triunfante,  
sobre el ilustre castellano suelo,  
sembrando por do quier paz y consuelo.

Miradla. . . . En su semblante  
se retratan la célica hermosura,  
el solaz, la ventura. . . .  
A todos halagüena  
muestra la faz risueña:  
á todos acaricia. . . .

—¡Quién eres, dí, quién eres? . . .  
¡La Madre del Amor y los placeres?—  
No, mortal.—¡La Justicia?—  
Su hermana soy: la Libertad sagrada.—  
¡Escuchásteis? . . . ¡Oh júbilo!—¡Y tras luengo  
destierro tornas? . . .—Vengo  
á hacer feliz á vuestra patria amada,  
á esta Iberia inmortal, que fué mi cuna;  
donde, entre sangre y horroroso estrago,  
me arrulló blandamente la fortuna.—

Iberos, alentad. Cesó el tormento.  
Llegó, llegó el momento  
de holgura y prez; momento delicioso  
para el amante de ISABEL segunda:  
de oprobio, de baldon para el faccioso  
que la cerviz somete á la coyunda. . .  
¡Brilló la Libertad! . . . Vates, miradla,  
y cual yo, prosternados saludadla.—

Dos lustros ¡oh baldon! de oprobio, mengua  
y maldicion cargado,  
juguete fuí del despotismo odiado.  
Ni nos fué concedida  
en tan mísero estado  
la estéril gracia de mover la lengua  
para quejarnos de los fieros males  
que atormentaban la cansada vida.  
Frescas aún se miran las señales